

»Esperad, pues, aquí, Griegos valientes,
»hasta que llegue el día en que tomemos
»la capital de Príamo espaciosa.»

Así dijo: y los Griegos, alabando
del elocuente Ulises el discurso,
levantaron inmensa gritería,
y las cóncavas naves los clamores
de los Aquivos en terribles ecos
en torno repetían; pero el sabio
Néstor alzóse pronto y la ruidosa
aclamación interrumpió, y les dijo:

«Vosotros ¡oh dolor! cual rapazuelos
»que de lides y guerras no se curan,
»aquí estais arengando. ¿A dó son idos
»los tratados y fieles juramentos?
»¿Habrán desaparecido con el humo
»del fuego que abrasó las hecatombes,
»las frecuentes consultas, los afanes
»de los guerreros, y la fé jurada
»con puras libaciones en que todos
»vivimos confiados? ¿Y así necios
»en ociosas contiendas altercamos?
»Y habiendo tantas horas consumido
»en prolijas arengas, ¿un consejo
»no se hallará acertado que termine
»la división fatal de pareceres?
»Hijo de Atreo! tú, como hasta ahora,
»en adelante á los Argivos guía
»con firme imperio á las sangrientas lides.
»Y deja que de envidia se consuman
»uno ó dos, y del resto separados
»de los demás Aquivos deliberen
»(y ni aún así conseguirán su intento)
»sobre tornar á Acaya ántes que vean
»si la palabra del excelso Jove
»fué ó no engañosa. Porque yo no dudo
»que de Saturno el hijo omnipotente
»nos otorgó propicio la victoria,
»el día que los hijos de los Griegos
»en las veleras naves se embarcaron
»para traer asolación y muerte
»á los Troyanos todos: que á la diestra
»hizo arder el relámpago brillante,
»en él mostrando favorable auspicio.
»Nadie, pues, á su patria se apresure
»á volver hasta que haya de un Troyano
»vivido con la esposa, y que de Elena
»el robo haya vengado y los gemidos.
»Y si hay alguno que á los patrios lares
»ya volver quiere en fuga vergonzosa,

»atrévase tocar á sus bajeles,
»y el primero será que en prematura
»muerte descienda á la región sombría.
»Y tú, adalid supremo, por tí mismo
»prudente nos gobierna, y de los otros
»los consejos escucha. Así este día
»no será inútil lo que yo dijere.
»El numeroso ejército divide
»en varias tribus, y reparte luego
»cada tribu en centurias; de manera
»que una centuria á la cercana apoye,
»y una tribu á otra tribu. Si lo hicieres,
»y tu voz obedecen los Aquivos,
»estando divididas las escuadras,
»claro entónces verás cuál de los jefes
»y cuál de los soldados, animoso
»ó cobarde se muestra en la batalla,
»y si es la voluntad de las deidades
»la que te impide conquistar á Troya,
»ó bien la cobardía del soldado
»y su impericia en la marcial pelea.»
Al sabio Néstor respondió el Atrida:
«Anciano! mucho en elocuencia á todos
»los hijos de los Griegos aventajas.
»Y ojalá, padre Jove! Palas! Febo!
»que entre todos los Príncipes de Grecia
»otros diez consejeros yo tuviese
»tan sabios como tú! No tardaría
»la ciudad del Rey Príamo sus muros
»en humillar al suelo, conquistada
»y destruida por el fuerte brazo
»de los Aquivos. Pero amargas penas
»me envió airado Jove, y me suscita
»inútiles querellas y disputas.
»Así, Aquíles y yo por una esclava
»hemos iracundos altercado
»con injuriosas voces, y el primero
»yo le insulté. Pero si, ya olvidada
»la contienda fatal, nos reunimos,
»ni un solo instante la final ruína
»dilatada será de los Troyanos.
»Id, pues, ahora á reparar las fuerzas
»con sabrosos manjares y con vino,
»para que la batalla comencemos.
»Uno afile su lanza, otro aderece
»el escudo, otro dé pasto abundante
»al ligero bridon, requiera el otro
»en torno el carro, y á la lid sangrienta
»apercíbanse todos; que este día
»del triste Marte el combatir insano

»ha de durar, sin el menor reposo,
»hasta que la tiniebla de la noche
»separe los briosos combatientes.
»Y mucho en torno al pecho las correas
»de los broqueles en sudor teñidas
»serán, mucho la mano fatigada
»al peso de la pica, y los caballos
»hoy mucho sudarán cuando anhelosos
»los grandes carros rápidos arrastren.
»Si yo viere que alguno en los navíos
»léjos de la batalla se ha quedado
»por cobardía, le será difícil
»evitar que los perros su cadáver
»devoren y las aves de rapiña.»

Así habló, y los Aquivos espantoso
clamor alzaron, como en alto risco
que prominente en elevada costa
se adelanta hácia el mar, y á quien las aguas
combaten siempre en derredor bramando
al soplo de los vientos, gran ruido
hacen las olas cuando airado el Noto
las impele y las rompe entre sus puntas.
Y luégo á sus bajeles y sus tiendas
se encaminaron, y encendieron lumbre;
y en ranchos divididos, con sabrosos
alimentos las fuerzas repararon.
Y unos á esta deidad y otros á aquella
sacrificaban, suplicando humildes
que del estrago de la guerra insana
los libertasen y la negra muerte.

Agamenon al poderoso Jove
un corpulento buey de cinco abríles
por víctima ofreció, y al sacrificio
convidió á los primeros capitanes
de todas las escuadras de la Grecia:
á Néstor, al cratense Idomeneo,
á los Ayaces, de Tideo al hijo,
y con ellos á Ulises. Menelao
vino también sin que llamado fuese,
porque bien conoció que un sacrificio
su hermano ofrecería. Colocados
en torno de la víctima los Reyes
y la harina con sal teniendo pronta,
así el potente Agamenon rogaba:
«¡Glorioso Jove Máximo, que el éter
»habitas, y las nubes al sonido
»de tu voz ó disipas ó amontonas!
»Otórgame piadoso que primero
»que el sol se oculte y la tiniebla oscura
»sobrevenga, á ceniza reducido

»de Príamo el alcázar caiga al suelo,
»y el fuego abrasador rompa su puerto;
»y haz que mi pica la coraza fuerte
»de Héctor sobre su pecho despedace,
»y que á su lado los guerreros todos
»de sus escuadras, en el polvo hundidos,
»muerdan la tierra.» El poderoso Atrida
así rogó, pero el Saturnio Jove
no escuchaba sus votos; y aunque grata
la víctima le fuera, duradero
afán le reservaba y doloroso.

Hecha ya la ablución, y con la harina
y la sal rociada la cabeza
del buey hermoso, su robusto cuello
hácia atrás inclinaron, y el agudo
hierro le dividió. La piel quitada
y cortadas las piernas, con la pella,
puestas una sobre otra, las cubrieron;
y crudos trozos de las otras partes
en ellas esparcidos y extendidas
sobre ramas sin hojas, las quemaron;
y en luengos asadores enclavadas
las entrañas, al fuego las pusieron.

Cuando la voraz llama consumido
hubo las piernas, y gustado habian
ya las entrañas, en menudos trozos
el resto dividido y en punzantes
hierros clavados, con destreza suma
los asaron, y luego de la lumbre
lo retiraron todo. La faena
acabada y dispuesto ya el convite,
las sillas ocuparon, y servidos
los sabrosos manjares á los Reyes,
gratos fueron á todos. Satisfechas
el hambre ya y la sed, así el anciano
prudente Néstor el primero dijo:

«Glorioso Atrida, soberano jefe
»de los Aquivos! Un instante solo
»no demos ya al descanso, ni más tiempo
»dilatemos el triunfo que este día
»Jove nos quiere dar. Dí que las naves
»recorran los heraldos, y en sonora
»voz congreguen las haces; y nosotros
»vamos unidos por el ancho campo,
»y el combate empecemos sin tardanza.»

Así habló; y el Atrida su dictámen
dócil oyendo, á los heraldos dió
que en resonante voz los escuadrones
todos de los Aqueos convocasen
á general batalla. Pregonado

el bando, los Aquivos acudieron; y el Atrida y los Reyes que asistian á su lado las huestes ordenaban.

Entretanto Minerva, impetuosa, embrazando el escudo relumbrante de la égida inmortal que no envejece ni tiene precio, y de la cual pendian cien hermosos borlones de oro puro, cada uno de los cuales igualaba el valor de cien bueyes, á los Griegos solícita aguijaba á que marchasen. Y á todos en el pecho heróico brío infundía, y valor y ardiente anhelo de continuos combates y batallas; y á todos ya la guerra muy más dulce les parecia que al hogar paterno volver entónces en las hondas naves.

Como el fuego voraz rápido corre por dilatada selva en las alturas del monte, y á lo léjos se divisa inmenso resplandor; no de otro modo, al marchar las falanges de la Grecia, del luciente metal el claro brillo llegaba al cielo atravesando el éter. Y cual en rauda vuelo las bandadas de chilladoras aves, como grullas, gansos ó cisnes de alongado cuello, en la verde pradera que á la orilla se extiende del Caistro por el aire discurren bulliciosas, y las alas tienden alegres, y con gran ruido al fin se posan y retumba el prado; así desde las tiendas y las naves las diversas escuadras de los Griegos se derramaban por la gran llanura que riega el Escamandro. Y en terrible estruendo resonaba la ancha tierra bajo sus piés, y por el casco herida de tantos alazanes. Y venidos á la florida vega que la márgen de la corriente ciñe, hicieron alto, tan numerosos como son las hojas y las flores que nacen cuando vuelve la templada estacion de primavera.

Cuantos son los enjambres voladores de moscas que en espeso remolino las mañanas de Abril vagan errantes por las majadas, cuando ya la leche los hondos tarros abundosa riega; tantos y tantos eran los Aqueos

que contra los Troyanos caminaban, y entónces en el llano detenidos la señal impacientes atendian para romper sus densos escuadrones.

Y así como en los hatos numerosos de cabras los pastores diligentes las suyas reconocen, aunque errantes por el prado tal vez miéntras pacian ya mezcladas estén unas con otras; así los jefes de la hueste aquea entónces sus guerreros separaban, y en diversas escuadras repartian, para que á la pelea caminasen. Era el primero Agamenon potente, que en la cabeza y faz majestuosa á Júpiter tonante semejava, en los fornidos hombros á Neptuno, y á Marte en el valor. Cual entre todas las reses sobresale en la vacada el toro corpulento, que descuella por encima las vacas y novillos; tal entre muchos héroes aquel dia el rey Agamenon brillaba airoso, porque Jove la gloria y el respeto en torno de él habia derramado.

Decidme ahora, Musas que el Olimpo habitais (pues sois diosas y presentes por doquier os hallais, y sabedoras sois de todo, y nosotros por acaso la fama oimos sin haberlo visto) quiénes los conductores y adalides de los Aquivos eran; pues el vulgo de los soldados yo no contaria, ni llamarlos podria por sus nombres, si diez lenguas tuviese con diez bocas, infatigable voz, de bronce el pecho, y aunque vosotras, que del alto Jove sois hijas, me nombraseis uno á uno cuantos Aquivos á Ilion vinieron. Así, sólo diré los capitanes y el número de naos que trajeran.

Los Beocios guiaba Peneleo, con Loito, Protenor, Arcesilao, y Clonio; y componian sus legiones los que habitaban las ciudades de Híria, Aúlida pedregosa, Esqueno, Escoló, montuosa Etion, Téspias y Grea, y Micaleso, de espacioso campo: los habitantes de Harmo, Ilesio, Eritras; los de Eleone, Hílas, Peteona,

Ocálea, Medeone, hermoso pueblo, Cópas, Entrésis, Tisbe, la abundante en preciadas palomas; Coronea, Aliarto, por sus pastos afamada, y Platea, y Glisanta, é Hipotébas, graciosa poblacion, antigua Onquesto, célebre por el templo de Neptuno y los bosques umbríos que la cercan; Arna, famosa por sus ricas uvas; Midea, hermosa Nise, y Antedone, de toda la provincia la postrera. Estos vinieron en cincuenta naos, cada una de las cuales contenia ciento veinte robustos campeones.

De Aspledonia y Orcómeno Mineo la numerosa escuadra era regida por Ascálofo y Yálmemo, dos hijos de Mavorte y Astioque la bella, que del Dios en secreto festejada, el fruto de su amor en el palacio de Actor, el poderoso hijo de Azeo, diera á luz. Sus navíos eran treinta.

Á su lado marchaban los Focenses, por Esquedio y Expístrofo mandados, hijos ambos de Ifito el animoso y nietos de Naubólis. Sus escuadras formado habian los siguientes pueblos: Cipariso, Piton, fragosa tierra; Crisa la bella, Daúlís, y Panope, todos los comarcanos de Anemoria y la ciudad de Yámpolis, y cuantos á la márgen yacian del Cefiso, cerca de Lilayea, situada del rio al nacimiento. Sus bajeles al número llegaban de cuarenta, y en la lid sus cohortes se formaban de los Beocios al siniestro lado.

Ajax de Oileo de los Locros era el caudillo, y menor en estatura que Ajax de Telamon, ni tan valiente como éste; pero armado á la ligera con peto y espaldar de simple lino, en el manejo de la pica á todos los Helenos y Aquivos excedia, y entónces sus guerreros ordenaba; brillante juventud de Cino, Opunte, Cálaro, Besa, Escarfa, Tronio, Tarfe, y Aúgias la deliciosa; pueblos todos que yacen del Boagrio á las orillas, frente á la isla de Eubea, y son llamados

Locros de Opunte, y en cuarenta naves seguido habian á su ilustre jefe.

Los Abantes, que fuego respiraban y en la Eubea tenian las ciudades de Cálcis, Eritrea, y la abundosa en uvas Histiea, con Cerinto, fundada junto al mar, la fortaleza de Dio, sobre un monte situada, el pueblo de Caristo, y el de Estira, mandaba Elefenor, de Calcodonte nacido y muy valiente, y soberano de los Abantes, belicosos pueblos, que los rubios cabellos á la espalda dejando libres, con sus largas picas romper ansiaban las dobladas cueras de los Troyanos y pasar sus pechos: y eran tambien cuarenta sus bajeles.

Los que la hermosa Atenas habitaban (la ciudad de Erecteo el valeroso, hijo de la alma tierra, que educado fué por Minerva y sacerdote suyo en el antiguo templo donde ahora los Atenienses en solemne rito á la deidad ofrecen numerosas hecatombes de toros y corderos) á la voz de su Príncipe marchaban, el hijo valeroso de Petao, el fuerte y aguerrido Menesteo, que igual no conocia en todo el mundo en saber ordenar los escuadrones de gente armada y los marciales carros; y con él sólo Néstor competia, porque era más anciano. Sus bajeles eran cincuenta en todos, muy veleros.

Ajax de Telamon doce navíos de Salamina trajo: y cuando al Asia llegado hubieron, acampó sus tropas junto con las falanges Atenienses.

Los moradores de Argos y Tirinto, amurallado pueblo de Hermione y Asine, sobre el golfo situadas, de Trecena, de Eyon, de la abundante en viñas Epidauro, de Masete, y de Egina, tenian por caudillos á Diomédes, en armas poderoso; á Esténelo, del fuerte Capaneo nacido; y por tercero al semejante á los Dioses Eurialo, hijo fuerte del bravo Mecisteo, esclarecida prole de Talayon; pero de todos

capitan era y adalid supremo el valiente Diomédes, y á su mando venido habian en ochenta naves.

Los del hermoso pueblo de Micénas y opulenta Corinto, de Cleone, Ornea, Aretirea deliciosa, y Sicion, do reinó primero Adrasto; los hijos de Hiperesie, y Gonoesa, fundada sobre un monte, y de Pelene y Egio, y de toda la vecina playa y Hélice populosa, en cien navíos vinieran: y de todos era jefe el poderoso Agamenon de Atreo, y sus tropas á todas excedian en número y valor. Él, revestido de luciente armadura, las formaba ufano al ver que entre los héroes todos sobresalia, así por su ardimiento como porque su voz en los combates gobernaba escuadron más numeroso.

Los hijos de la gran Lacedemonia, que por amenos valles se dilata, Féres, Esparta, Mese, la abundante en palomas, y Brísias, y la bella Aúgias, Amíclas, y Elos, á la orilla del mar fundada, Láas, y otros pueblos de Etilo no distantes: conducidos eran por el valiente Menelao, hijo tambien de Atreo, y en sesenta naos venido habian; pero siempre en escuadron distinto se formaban. Y sus largas hileras recorría el valiente adalid y á la pelea los animaba entónces, aguijado de su propio dolor; porque su pecho inquieto estaba por vengar de Elena el robo y los suspiros dolorosos.

Trajera Néstor, en noventa naves, y en las lides mandaba, los guerreros de Pílos y de Arene deliciosa, de Trio, do el Alteo es vadeable; Epi, de hermosas casas; Ciparisa, Anfigenia, Pteleo, Hélos y Dorio, lugar donde las musas la victoria á Támiris de Tracia disputaron, cuando éste, que venía desde Ecalia de ver al Rey Eurito el Ecaleo, sostuvo jactancioso que en el canto á todos vencería, aunque las musas, hijas de Jove, á competir vinieran

con él. Oh necio! que ellas irritadas, habiéndole vencido, le privaron de la vista y del cántico divino, y extremada pericia que le dieran en el tañer la lira sonora.

Los que en los valles del enhiesto monte de Cilene habitaban en la Arcadia, patria de belicosos campeones, no léjos del antiguo monumento do el Rey Epito sepultado yace, los de Fineo, Orcómeno, famosa por sus ovejas; Ripe, Estratia, Enispe, expuesta de los vientos al embate; Tegea, Mantinea deliciosa, Estínfalo y Parrasia, eran guiados por el potente Agapenor de Anqueo. Sesenta eran sus naves, tripuladas por numerosa juventud guerrera, y Agamenon las dió; porque no siendo marítima region, nunca la Arcadia ni marineros ni bajeles tuvo.

Las tropas de Buprasio y demás pueblos de Élide la espaciosa, comprendidos entre Irmine y Mirsino por un lado, y por el otro entre la piedra Olena y la ciudad de Alesio, cuatro jefes tenian valerosos y mandaba cada cual diez navíos, tripulados por una grande multitud de Epeos. El primer escuadron era regido por Anfímaco, prole de Cteato; y el segundo por Talpio, el hijo ilustre de Eurito de Actorion; por su caudillo el tercero tenia al gran Díores, nacido del famoso Amarinceo; y el cuarto á Polixeno, parecido en la hermosura á un Dios; prole dichosa de Agástenes el Rey, y nieto de Aúgias.

Las tropas de Dulíquio y de las islas Equinas tan famosas, situadas frente á las costas de Élide, tenian por capitan á Méges, comparable á Marte en el valor.—Era nacido del jinete Fileo, á Jove caro; pero él, enemistado con su padre, huyó del patrio suelo, y á Dulíquio se retiró.—Cuarenta eran sus naos.

El magnánimo Ulises gobernaba las aguerridas tropas cefalénias, las de Ítaca y Nerito, de frondosos

árboles llena que los vientos mecen, las de Crocilea, Egilipe, fundada en pedregoso desigual terreno, Zacinto, Samo y costas fronterizas. De todas era capitan Ulises, á Jove en la prudencia comparable: y eran doce sus naos, cuyas proas hermoso bermellon enrojecia.

El hijo claro de Andremon, Toante, regía los Etolos, que habitaban en las ciudades de Pleuron, Pilene, Óleno, Cálcis, á la mar vecina, y pedregosa Calidon. Los hijos del valeroso Eneo ya murieran, y él tambien con el rubio Meleagro; y el supremo poder la nacion toda al heróico Toante confiara, para que fuese Rey de los Etolos. Sus bajeles llegaban á cuarenta.

El famoso lancero Idomeneo mandaba los cretenses escuadrones de Gnoso y de Gortina, amurallada. Licto, Mileto, cándida Licasto, Festo y Ritio, lugares populosos, y de los otros pueblos de la Creta donde á ciento llegaban las ciudades. De todas era Rey Idomeneo, y el mando de las tropas dividia con su fiel escudero Meriónes al homicida Marte parecido, y ochenta grandes naos le siguieran.

Tlepólemo el valiente, alto de talla, de Hércules hijo, en nueve grandes naos traído á Troya habia á los valientes Rodios, que divididos en tres pueblos, cuyas ciudades opulentas eran Lindo, Yaliso, y cándida Camiro, la isla entera ocupaban, y tenian al heróico Tlepólemo por jefe, de Hércules y Astioquía el hijo ilustre; de Astioquía, á quien Hércules esclava hizo en Eñira, pueblo situado del claro Seleente en la ribera, cuando asoló su diestra poderosa muchas fuertes ciudades, defendidas por jóvenes valientes y aguerridos. Mas así que Tlepólemo llegado fué á la edad juvenil, quitó la vida al ya anciano Licinno el valeroso, tio materno de Hércules su padre.

Y temiendo las iras y amenazas de los otros Heráclidas, navíos aprestó y allegó no poca gente; y errante por el mar, y largo tiempo de la adversa fortuna perseguido, llegó á Rodas, y en ella, por naciones sus tropas divididas, tres ciudades separadas fundaron populosas. Y sus afortunados habitantes amados fueron del Saturnio Jove, el Rey de las deidades poderoso y de los hombres, que con larga mano sobre ellos derramó felicidades.

La juventud de Sima en tres bajeles vino tambien al mando de Nireo; Nireo, hijo de Cáropo y Aglaya; Nireo, el más hermoso de los Dánaos que vinieron á Troya, excepto Aquíles; pero no era varon de heróico brío, ni escuadra le seguía numerosa.

Los de Nisiro, Crápatos y Caso, y Cos, pueblo de Eurípilo, y las islas Calidnas, como jefes á Fidipo y Antifo obedecian, hijos ambos del Rey Tésalo de Hércules; y treinta navíos les siguieron muy capaces.

Los que en Argos Pelásgico habitaban, Álope y Alos, en Traquinia y Ftía, y en Hélade, el país de las hermosas, (Mirmídones y Aqueos se llamaban, y Helenos) conducidos por Aquíles, venido habian en cincuenta naves.

Y á su pesar, estaban olvidados entónces de la guerra clamorosa, por falta de adalid que á los combates los guiara; que el hijo de Peleo, en sus naves ocioso é irritado por la hermosa Briséida, se negaba á ayudar en la lid á los Aquivos.

Habíale tocado esta cautiva entre las de Lirneso, cuyos muros y los de Teba por su fuerte brazo rendidos fueron cuando dió la muerte á Epístrofo y á Mínes, belicosos hijos del Rey Eveno de Selepio. Y por su esclava entónces indignado, al ocio se entregaba; pero pronto volver debía á las sangrientas lides.

La numerosa juventud valiente de Filace y de Piraso florida,